



JENNY COLGAN

Autora de *Encuéntrame en el Cupcake Café*



**La
chocolatería
más dulce
de París**



«Un libro que brinda felicidad.»

MARIAN KEYES



LA CHOCOLATERÍA MÁS DULCE DE PARÍS

Jenny Colgan

Traducción de Pedro Fontana

Título original: *The Loveliest Chocolate Shop in Paris*

Traducción: Pedro Fontana

1.ª edición: Enero 2016

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-304-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Dedicatoria](#)

[Unas palabras de Jenny.](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Recetas](#)

¡En el título está la clave! Si te encanta el chocolate y te encanta París (o crees que te encantará algún día; descuida, todo llegará, París no cambia mucho), entonces este libro ha sido escrito para ti.

J. C.

Unas palabras de Jenny

En París hay un sinfín de maravillosas chocolaterías y bomboneras artesanales. Mi preferida es una que se llama Patrick Roger, en la rue du Faubourg Saint-Honoré. Recomendando calurosamente una visita y probar su chocolate caliente, no importa la estación del año. El dueño es Patrick, que da nombre al establecimiento, un tipo de cabellos rizados, ojos chispeantes y cara de pillo.

Este libro no es sobre ninguna de esas chocolaterías en concreto, sino sobre el principio de que, cuando la gente dedica toda su vida a una sola cosa que ama de verdad y que ha aprendido a fondo, pueden suceder cosas asombrosas.

Alguien dijo que el motivo de que nos guste tanto el chocolate es que se funde a la misma temperatura que el interior de la boca humana.

Los científicos hablan también de que libera endorfinas y demás, pero al margen de cualquier explicación —química o no—, el chocolate es una cosa maravillosa.

Y no se trata de un capricho femenino. Yo no puedo entrar en casa ocultando un paquete de galletas digestivas al chocolate sin que mi marido las olfatee y se lance a por ellas. He incluido, pues, en el libro varias recetas realmente estupendas. Me gusta pensar que a medida que me hago mayor soy capaz de cocinar algo con chocolate en vez de, bueno, simplemente zampármelo como por casualidad tan pronto entra en casa (el chocolate), o sin bajarme del coche.

Cuando hace un tiempo nos mudamos a Francia (por el trabajo de mi marido), me sorprendió ver que los franceses se toman el chocolate tan en serio como cualquier otro alimento. La Maison du Chocolat es una cadena de primera calidad presente en la mayoría de las ciudades francesas; allí uno puede charlar con el chocolatier sobre lo que va a tomar (chocolate y acompañamiento), tal como hablaríamos de vino con un sommelier. Yo, personalmente, soy igual de feliz con una buena tableta de Dairy Milk o un Toblerone, que con mi barrita preferida, Fry's Chocolate Cream. No es necesario que algo sea lujoso para disfrutarlo. Ay, mis hijos han llegado a una edad en que es inevitable confesar quién les ha venido robando los Kinder de la bolsa para fiesta infantil. Chicos, a ver, siento decirlos esto: era papá.

Antes de empezar, quisiera hacer una observación sobre el idioma. Según mi experiencia, aprender otro idioma es difícilísimo, a menos que seas de esas personas que en un visto y no visto lo pillan todo. Si ese fuera el caso, yo te diría ¡*buuuuh!* (soy yo sacando la lengua), porque soy muy pero que muy envidiosa.

Por otra parte, es tradición indicar en letra cursiva cuando en un libro alguien habla en un idioma distinto de aquel en que está escrito. Bien, pues yo he decidido no hacerlo. Casi todas las personas con las que Anna habla en París le contestan en francés, a menos que yo indique lo contrario. Y ahora tú y yo pensaríamos, jolín, es absolutamente impresionante, qué rápido ha aprendido francés. Es cierto que toma muchas lecciones con Claire, pero si alguna vez has intentado aprender otro idioma sabrás que en clase te sientes más o menos segura de tus conocimientos, pero que tan pronto pisas el país en cuestión y la gente empieza a decirte «wabbawabbawabbawabbawabbah» a quinientos mil por hora, te da un ataque de pánico porque no entiendes ni una mísera palabra de lo que te están diciendo. Que es lo que me pasó a mí.

Así que, bueno, ten por seguro que eso es exactamente lo que le ocurre a Anna, pero, por aquello de no repetirme hasta la saciedad y hacerme pesada, he decidido eliminar los millones de veces en que ella dice «¿Qué?», o «¿Le importaría repetírmelo?», o tiene que consultar el diccionario.

Espero que te guste la novela, y ya me dirás qué tal salen esas recetas. Bon appétit!

1

Lo verdaderamente extraño es que aunque yo supe al momento que algo andaba mal —y quiero decir muy mal, algo de verdad grave y muy fuerte; un insulto para mi cuerpo entero—, no pude parar de reír. De reír como una histérica.

Yo estaba allí tumbada, toda cubierta —mejor dicho, empapada— de chocolate derramado, y no podía parar de reír. Ahora había otras caras, algunas de las cuales creí reconocer, y me miraban. Ellos no se reían, qué va. De hecho estaban todos muy serios, lo cual me pareció todavía más gracioso e hizo que me desternillara todavía más.

A cierta distancia oí que alguien decía: «¡Cogedlos!», y alguien más: «¡Ni hablar! ¡Hazlo tú! ¡Ecs, qué asco!» Y entonces otra persona, que pensé que era Flynn, el nuevo aprendiz, dijo: «Voy a llamar al 911», y otro que le decía: «No seas idiota, Flynn, es el 999: tú no eres norteamericano», y alguien intervenía para decir: «Creo que ahora ya se puede marcar el 911 porque hay un montón de idiotas que siguen llamando a ese número», y alguien sacó su teléfono y dijo algo de una ambulancia —cosa que me pareció de lo más cómico—, y luego otro más (estoy segura de que fue Del, el gruñón del conserje) dijo: «Ya, pues seguro que querrán tirar esta remesa a la basura», y la idea de que quizá no tiraran a la basura la enorme cuba de chocolate sino que intentarían venderla pese a que me había caído toda encima, me hizo mucha gracia también. Menos mal que ya no recuerdo nada de lo que pasó después, aunque más tar-

de, ya en el hospital, un sanitario se acercó para decir que en la ambulancia yo me había comportado como si estuviera loca de remate y que a él siempre le habían dicho que la gente se comporta raro cuando está en estado de shock, pero que jamás había conocido un caso tan súper raro como el mío. Entonces me vio la cara y dijo: «Ánimo, muñeca, pronto volverás a reír.» Pero en ese momento, la verdad, yo no lo tenía nada claro.

—Oh, vamos, Debs, cariño, si solo es el pie. Podría haber sido mucho peor. ¿Y si llega a ser la nariz?

Esto se lo decía mi padre a mi madre. Siempre veía el lado bueno de las cosas.

—Pues le habrían hecho una nariz nueva. Al fin y al cabo, ella odia la nariz que tiene.

Esto lo decía mi madre, claro. No se le da tan bien ver el lado positivo como a mi padre. Es más, yo la oía sollozar. Pero por alguna razón mi cuerpo no quería saber nada de la luz; era incapaz de abrir los ojos. Me parecía que no era una simple luz; como si se tratara del sol o algo así. Quizás estaba de vacaciones. Pensé que no podía estar en casa; el sol nunca luce en Kidinsborough, mi pueblo natal, ganador durante tres votaciones seguidas del premio al peor pueblo de Inglaterra, hasta que presiones políticas lograron quitar de antena aquel programa de televisión.

Dejé de oír a mis padres, como si alguien hubiera girado el dial de la radio. Yo no tenía ni idea de si estaban realmente allí. Sabía que no me estaba moviendo, pero tenía la sensación de estar agitándome todo el tiempo, atrapada en una cárcel con forma de cuerpo en la que alguien me había metido. Podía gritar, pero nadie podía oírme; intenté moverme y no pasó nada. El resplandor viraba a negro y luego otra vez al sol y nada tenía el menor sentido mientras yo soñaba —o vivía— grandes pesadillas sobre dedos de los pies y sobre padres que de repente desaparecían y si

me estaba volviendo loca y si en realidad no habría soñado mi otra vida, esa en la que yo me llamaba Anna Trent, edad treinta años, de profesión probadora en una fábrica de chocolate.

Bueno, ya que estamos, he aquí mis respuestas a las diez mejores preguntas sobre «probadora en una fábrica de chocolate» que suelen hacerme en Faces, el club al que vamos siempre. No es un local muy bonito, pero los otros son mucho peores todavía:

1. Sí, os regalaré unas muestras.
2. No, no estoy tan gorda como sin duda esperabais.
3. Sí, es exactamente como en *Charlie y la fábrica de chocolate*.
4. No, nadie ha hecho caca nunca en la cuba.[1](#)
5. No, eso no me convierte en una persona muy popular, ya que tengo treinta años, no siete.
6. No, no me entran arcadas cuando me enseñan chocolate; yo es que adoro el chocolate, pero si te sientes mejor pensando que tu empleo es mejor que el mío, allá tú.
7. Oh, qué interesante que debajo del calzoncillo tengas algo más sabroso aún que el chocolate. (N.B.: Me gustaría ser lo bastante valiente para decir eso, pero por regla general me limito a hacer una mueca y mirar para otro lado. Cath, mi mejor amiga, suele salir rápidamente al quite. A veces incluso les baja los calzoncillos.)
8. Sí, les pasaré tu sugerencia de un chocolate con sabor a cacahuete/cerveza/vodka/mermelada, pero dudo que nos hagamos tan ricos como tú crees.
9. Sí, sé hacer chocolate de verdad, aunque en Brader's Family Chocolates se procesan todos de manera automática en una enorme cuba, y yo de hecho soy solo una especie de supervisora. Ojalá mi cometido fuera un poco más complejo, pero los jefes dicen que a nadie le gusta que le toquen los chocolates, que deben mantener siempre el

mismo sabor y durar un montón. O sea que en realidad se trata de un proceso sintético.

10. No, qué va a ser el mejor empleo del mundo. Pero es el mío y me gusta. Bueno, me gustaba, hasta que dejé de trabajar allí.

Después normalmente suelo decir, un cubalibre de ron, gracias por preguntar.

—Anna.

Había un hombre sentado a los pies de mi cama. No pude enfocar la vista. Él conocía mi nombre pero yo no el suyo. Me pareció injusto. Intenté abrir la boca. La tenía llena de arena. Alguien me había metido arena en la boca. ¿Por qué?

—Anna.

De nuevo la voz. Era real, desde luego, y estaba claramente ligada a la sombra a los pies de mi cama.

—¿Me oyes?

Hombre, pues claro que te oigo, estás sentado en mi cama gritándome. Es lo que quise decirle, pero solo conseguí emitir una especie de graznido.

—Estupendo, estupendo, me alegro. ¿Quieres un poco de agua?

Asentí con la cabeza. Me pareció más fácil así.

—Bien, bien. No muevas mucho la cabeza o desconectarás los cables. ¡Enfermera!

No sé si la enfermera vino o no; de repente desconecté por completo. La última cosa que pensé fue: ojalá no le importe que le griten, a la enfermera. Y no conseguía recordar nada; ¿habían dicho mis padres que me pasaba algo en la nariz...?

—Aquí está.

Era la misma voz, pero no supe cuánto tiempo había transcurrido. La luz había cambiado. Noté un repentino

chispazo de dolor en todo el cuerpo. Boqueé.

—Bueno. Se pondrá bien.

Mi padre.

—No me gusta la pinta que tiene esto.

Mamá.

—Mmm... ¿me pasáis el agua? —dije, pero de hecho sonó algo así como «¿Mpa sa gua?»

Por suerte a alguien se le encendió la bombilla, porque al momento me acercaron un vaso de plástico a los labios. Aquel vasito de agua tibia del grifo fue lo mejor que me haya llevado yo a la boca en toda mi vida, y aquí incluyo la primera vez que probé un Crème Egg. Me la bebí toda y pedí más, pero alguien dijo no y ahí terminó la cosa. Quizá me habían metido en la cárcel.

—¿Puedes abrir los ojos? —dijo la voz autoritaria.

—Claro que puede.

—Ay, Pete, no sé. De verdad que no sé.

Curiosamente, fue en parte por fastidiar a mi madre y su escasa confianza en mi capacidad de abrir los ojos que me esforcé en hacerlo. Tras un breve parpadeo, apareció ante mi vista la silueta de la persona que yo sabía que había estado sentada a los pies de la cama (maldita la gracia), y luego vi dos figuras que me resultaban tan familiares como mis propias manos.

Distinguí el pelo castaño rojizo de mi madre, que ella misma se teñía en casa pese a que Cath se había ofrecido a hacérselo en la peluquería casi gratis, por más que mi madre lo considerara un precio extravagante (también pensaba que Cath era una mujer de vida alegre, y no le faltaba razón, pero eso nada tenía que ver con que fuese buena o mala peluquera, aunque es cierto que de lo primero tenía bastante poco), así que una vez al mes mi madre lucía esa especie de extraña franja de color henna en la parte alta de la frente por no haberse aclarado lo suficientemente bien. Y mi padre llevaba puesta su mejor camisa, lo cual me preocupó. Solo se ponía guapo para bodas y funerales, y yo es-

taba casi un cien por cien segura de que casarme no me iba a casar... a menos que Darr se hubiera reencarnado en alguien con un físico y una personalidad completamente diferentes, lo cual no se me antojaba probable.

Dije «Hola...», y al hacerlo tuve la sensación de que las dunas retrocedían un poco; que la divisoria entre lo que era real y lo que era una movediza y arenosa pelota de confusión y dolor empezaba a desaparecer; que Anna había vuelto y que la piel que cubría mi cuerpo era la mía después de todo.

—¡Cariño!

Mi madre rompió a llorar. Mi padre, poco dado a estallidos de afecto, me apretó suavemente la mano; la mano, según pude ver, de la que no salía ningún tubo horrible a flor de piel. Porque en la otra sí había uno; la cosa más horrible que haya visto jamás.

—¡Aj! ¡Uf! —exclamé—. ¿Qué es esto tan repugnante?

La persona que estaba a los pies de mi cama sonrió, un tanto paternalista.

—Creo que la cosa te parecería mucho más repugnante si no tuvieras eso ahí —dijo—. A través de ese tubo te administran analgésicos y demás.

—Vale, ¿y no podrían ponerme un poco más? —dije yo. La descarga de dolor me traspasó de nuevo, desde la punta del pie izquierdo hasta la coronilla.

Entonces fue cuando advertí que había otros tubos, cosas que entraban y salían de partes de mi cuerpo que no quería mencionar delante de mi padre. Me quedé quieta y callada. La sensación era muy, pero que muy extraña.

—¿Te da vueltas la cabeza? —preguntó el que no se levantaba nunca—. Es normal, no te preocupes.

Mi madre seguía sorbiendo por la nariz.

—Mamá, no pasa nada, tranquila...

Lo que dijo ella a continuación me dejó helada.

—Sí que pasa, cariño, sí que pasa.